

SÓLO LEYENDO A LA ANTIGÜITA SACARÁN PROVECHO...

Horacio Cerutti Guldberg

Universidad Nacional Autónoma de México

“... en filosofía es ineludible errar para aproximarse a la verdad” (1986).

Leer siempre resulta un insumo valioso. Incluso cuando lo hacemos sin mucha atención y por pura rutina. Ahora, con los accesos virtuales disponibles, leer se ha ido modificando en algo así como una aproximación fugaz a ciertos indicios que permiten, sin leer completamente, atisbar de qué se trata y, por tanto, proceder en consecuencia, a sabiendas de que si no se entendió lo suficiente, se vuelve atrás en todo el proceso y se aprietan otras teclas o se dan otras instrucciones y san se acabó. No es una tarea disciplinada, sino que forma parte de un conjunto de operaciones generalmente corregibles, las cuales operan a una velocidad vertiginosa y cuando la máquina no responde a la velocidad esperada se pierde rápidamente la paciencia. Todo apunta a ir más allá del instantáneo presente y avanzar, siempre avanzar. ¿Hacia dónde? Hacia ese entramado interminable de acciones diríamos a medias y en permanente rectificación parcial e incompleta que permite... seguir avanzando... en la pantalla.

¿Es eso leer? No del todo. Al menos no lo es para los que ya somos abuelos y, aunque vemos estas nuevas prácticas con cierta curiosidad y siempre dispuestos a aprovecharlas en función de nuestras labores y rutinas, nos cuesta mucho despojarnos de los hábitos adquiridos, por ejemplo, en lo que a leer se refiere. Por lo demás, ni siquiera tenemos una percepción clara y aceptable de lo que significa esa experiencia –para nosotros casi alucinante– de vivir metidos en la compu a toda hora y por cualquier asunto. Y es que leer es (¿era?) para nuestra generación algo que se hacía sobre papel, en libros –si hasta las fotocopias nos dan pereza y nos molesta su tamaño, su diseño, su formato, su color, su tacto! Sí, leer en libros y hasta en documentos antiguos apilados en archivos donde el silencio y el encierro rigen el ambiente y donde buscar y rebuscar constituía la labor primordial. Y nada de leer por encimita. Es leer a fondo, con cuidado, atentos a las dimensiones gramaticales, a los signos de puntuación, a los de admiración, de interrogación, a los tiempos verbales, a los singulares y los plurales y... ¡nada de a medias! Se lee todo, así como se comía todo lo que te servían en el

plato y guay de dejar algo. Y con un ritmo, como la comida familiar, donde no se podía hablar cuando hablaban los adultos o donde no se podía tomar líquido antes de haber terminado la sopa, etc.

Y ¿para qué todo este anecdotario que parece de *Jurassic Park*? Simplemente para compartirles la sugerencia de que sin esta actitud disciplinada de lectura cuidadosa y exhaustiva, difícilmente se podrá sacar provecho de los trabajos de David Sobrevilla Alcázar (Huánuco, 1938). Y –puedo asegurarlo por experiencia propia– la lectura de sus trabajos es de mucho provecho, reporta mucho. Por ello, estas líneas tienen la modesta pretensión de incitar a esa lectura a las generaciones más jóvenes, a servir de anzuelo del cual resulte difícil zafarse, a sabiendas de que el mejor de esos anzuelos es comenzar la lectura con ánimo y aliento largo.

¿Con qué nos encontramos quienes nos aventuramos en estas experiencias de lectura de las obras de David? Pues justamente con productos que surgen de actividades semejantes a las que hemos sugerido más arriba, plenas de: constancia, rigor, resultado de búsquedas incansables, cuidadosas de los detalles, pendientes de las referencias precisas, atentas a las fuentes. ¿Quiere esto decir que nunca se deslizará un error? De las erratas editoriales nadie se salva y de cometer errores difícilmente. Pero lo que aquí interesa destacar es que los textos de David hablan por sí solos (¡cómo si pudieran hacerlo!) de un esfuerzo obstinado por elaborarlos con la mayor precisión y cuidado posibles. Por lo tanto –y aunque esto signifique adelantar vísperas, tengo que anticiparlo desde ya–, sólo de una lectura cuidadosa y no fragmentaria o al boleo se sacará provecho en todo el sentido de la palabra en relación con los textos producidos por el amigo y colega peruano. David merece, sin dudas ni reticencias, reconocimiento pleno como un artesano del quehacer intelectual. Y lo dice quien tiene en el más alto valor la labor artesanal, tan menospreciada, por otra parte, en versiones supuestamente aristocráticas de la cotidianidad. Y es que, justamente por aquellas palabras de nuestro homenajeado que hemos citado a modo de epígrafe, sin atreverse a errar no hay avances a la búsqueda de las verdades que nos urgen. Y las manos cuentan también decisivamente en la labor artesanal.

Resulta difícil hacerle justicia a su enconado esfuerzo y no pretendemos hacerlo en estas páginas. Sólo por absorción o, para decirlo en términos de nuestras tradiciones intelectuales más valiosas, por “antropofagia” se puede aprovechar su magnífico aporte. Pero, ¿por qué insistimos en sugerir la importancia de ‘alimentarnos’ en las eruditas reflexiones de David Sobrevilla? Lo hacemos a sabiendas de que la erudición no garantiza la validez de los juicios, evaluaciones y perspectivas que alguien propone. Aunque cuando hay erudición de a de veras los riesgos disminuyen o, no cabe eludirlo, pueden aumentar exponencialmente de modo acorde a los saberes acumulados de manera precisa. Y es que se pueden deslizar sutilezas perturbadoras imperceptibles. Entonces, ¿vale la pena correr esos riesgos? Una salida fácil diría que sólo probando se podría arriesgar una respuesta

aceptable. Sin embargo, insisto en proponerles esta agradable tarea que puede presentarse inicialmente como muy pesada, dura, difícil de llevarnos a un buen fin.

Esta lectura cuidadosa, exhaustiva, sistemática, donde no se deja nada al azar, donde se subraya lo que conviene, se anota lo que sugiere, se retocan los párrafos, se atiende a las notas a pie de página, se buscan los sentidos de términos que se desconocen, se examinan cuidadosamente los términos en otros idiomas que aparecen remitiendo a dimensiones insospechadas, es la única que puede brindar provecho.

Y es que quien lee se sorprenderá, cuando en medio de moderadas y armoniosas reconsideraciones, las cuales van reconstruyendo con mucho cuidado itinerarios discursivos, argumentaciones complejas y narrativas entramadas, se tope con juicios tajantes. Y, mucho más, cuando deba acompañar al autor en críticas demoledoras... nunca destructivas, sino para construir a continuación o dejar el espacio abierto en ese sentido.

Aquí es cuando comenzaremos a disfrutar y sentiremos la energía que produce ser 'alimentados' –volvamos a nuestra metáfora antropofágica– por la reflexión empecinada de David. Y allí comenzaremos a aprender de la enseñanza quizá fundamental del filósofo peruano: es menester saber de dónde surgen los textos y poder apoyarnos en las reflexiones de los/as otros/as para quedar en condiciones de avanzar.

Así, en su obra, la cual aspira como pocas en la región a la sistematicidad, lo que se experimenta es parte de lo mejor de la tradición ensayística en Nuestra América. Justamente ese arriesgarnos –vamos a decirlo sin miedo– 'sistemáticamente' a errar para hacer posible la búsqueda de la verdad. En otras palabras y espero que precisas y rigurosas en plenitud, vamos a darnos la oportunidad de filosofar.

Filosofar requiere reconstruir caminos, desandar tradiciones, examinar propuestas, contextualizar discursos, evaluar afirmaciones, sondear entrelíneas, avanzar en medio de balbuceos, analizar metáforas, desmenuzar íconos, desenredar tópicos, desconfiar de mitificaciones, cometer parri y matricidios, aventarse como enanos en hombros de gigantes, ir más allá, transgredir, inventar. Para ello es menester saber de qué estamos hablando, conocer lo hecho, comparar esfuerzos. En suma, evitar el adanismo o el presunto partir de cero, siempre tan esterilizantes.

En relación con las rutinas academicistas que suelen agobiarnos, requiere también evitar recaer en los lugares comunes: hacer, por ejemplo, una tesis sobre Kant o sobre Mariátegui poniendo mucha atención en los originales, pero como si fuera la primera vez que en la región se los lee o repiensa. Justamente frente a esa actitud prepotente y absurda, la obra de David Sobrevilla muestra toda su fuerza. Vamos a releer a Kant y para eso veremos cómo se lo ha leído antes que nosotros para ver qué podemos aportar de novedoso o sugerente. Y, sobre todo, cómo se lo ha leído en nuestros países, en Nuestra América, porque no es cuestión de dar el salto como si

hubiera un vacío entremedio: nosotros o yo lector y Kant. No. Se trata de asimilar y discriminar en lo que ha habido en el medio, en el entre yo y Kant para ver qué, cómo, por qué se lo ha enfocado de tal o cual manera y, muy particularmente, en Nuestra América. Lo mismo podemos decir de Mariátegui o de cualquier otro u otra que se haya atrevido a pensar, a filosofar en y desde este continente histórico al que pertenecemos y en el que pocas veces estamos a la altura de los desafíos que nos demanda. ¿Saber quién lo ha dicho o enfocado antes que nosotros es cuestión de erudición? Sí, de erudición fecundante, porque eso nos ayuda, aunque más no fuera, a no perder el tiempo supuestamente descubriendo el agua tibia o el Pacífico. Para ello es menester darle su merecido lugar a la denominada, a veces peyorativamente, 'literatura secundaria'. O sea, a aquellos textos escritos sobre lo que otros y otras han pretendido decir. Que la denominación es resbalosa queda claro prácticamente a primera vista. Cabe preguntarse, por cierto, ¿no será casi siempre lo que hacemos 'secundario' hasta que logramos decir o transmitir o argumentar lo que pretendemos? Con lo cual, deja de ser 'secundario' para convertirse en... ¿'primario', 'fuente', 'clásico'? En fin, la erudición nos coloca en condiciones de aportar con conocimiento de causa, de incorporarnos protagónicamente al pensar o filosofar propio. Pero, para ello hay que saber las connotaciones de los términos y los contextos de los modos argumentales que estamos utilizando. Para decirlo de modo atropellado pero, eso espero, sugestivo, cuando usamos los términos aparentemente unívocos y simples como: Nuestra América, continente histórico, antropofagia, pensar, si sabemos que los hemos retomado del cubano José Martí, del uruguayo Arturo Ardao, del brasileño Oswald de Andrade o del español-mexicano transterrado (he aquí otro término específico también del mismo autor) José Gaos, la terminología se vuelve más polisémica y se recarga de referencias insospechadas. Y, quizá no tan paradójicamente, no equívoca, sino más precisa. Si cuando negamos la existencia de una tradición originaria de filosofía en la región, sabemos que no es nuestra afirmación sino la que retomamos de José Carlos Mariátegui, la cuestión se vuelve más interesante y sugestiva. ¿Sirve eso para filosofar? Por supuesto. Estimula, provoca, empuja hacia adelante, no permite aquietarse ni remolonear. Es como si estuviéramos espoleados para avanzar cuando todo parece bloqueado.

Si nos lo permiten, todavía podemos añadir algo más. Quienes hemos tenido la ocasión de compartir el diálogo con David, hemos podido también experimentar su agudeza de juicio, sus observaciones siempre cargadas de informaciones apetecibles, sus sugerencias fecundantes, su contagiosa actitud de búsqueda. Por ello, cuando hemos disfrutado sorprendidos de su evaluación positiva, el estímulo ha sido inmenso y la satisfacción hasta abrumadora. Con ello aludimos a una dimensión que también se escapa dolorosamente de las rutinas academicistas: con los autores y las autoras

es factible platicar, charlar, dialogar, discutir, mantener interlocución. Y ese privilegio suele desaprovecharse. Lo cual constituye un verdadero desperdicio en Nuestra América, donde estamos tan necesitados de promover el trabajo en común, en equipo, para que el debate, el diálogo, la crítica, la polémica produzcan los deseados efectos de creatividad y muestras de ingenio que nos urgen para estar a la altura de los desafíos que nos agobian y para quedar en condiciones de avanzar alternativas transformadoras que no sean más de lo mismo. Para ello, las aportaciones de David resultan indispensables y nos hemos permitido insinuarlas en este texto ante la generosa invitación del común amigo y colega Rubén Quiroz Ávila y como una forma de adhesión al homenaje que *SOLAR Revista de Filosofía Iberoamericana* tan mercedadamente le brinda.

¡Ah! Antes de terminar, un detalle más y para nada menor o despreciable. Hemos utilizado el lenguaje cotidiano de forma predominante, no para eludir el rigor del lenguaje técnico –del que también hemos hecho uso–, sino para mostrar la riqueza de poder desplazarnos entre niveles de lenguaje, siempre y cuando seamos capaces de advertir esos desplazamientos y controlarlos. ¡Si hasta se disfruta en estos juegos de apariencia inocente, pero recargados de connotaciones provocadoras! Nos conviene considerar, aunque sea a modo de hipótesis, que en esto también David Sobrevilla ha aportado generosamente su esfuerzo denodado.

Desde Cuernavaca, Morelos, México, el 28 de diciembre de 2009.